

EL HEROISMO Y LA BIBLIA

Existía un matrimonio, cuya cabeza, el marido, era devorado por la sed insaciable de perversas y malas lecturas. Un día su consorte, la mujer, que sufría la acción corrosiva y deletérea de aquellas lecturas, quiso darle un práctico y saludable aviso. Ingenuamente le preguntó: «Esteban: ¿Recuerdas que comiste hace 8 días?» «¡Vaya que preguntas más tontas que tienes!», —contestó Esteban.— «¿Cómo puedo recordar lo que comí hace ocho días? ¡Si hubiera sido el día de la Fiesta Mayor... aún, aún!» «No obstante, —replicó su mujer— aquella comida se ha convertido en tu propia vida. De igual modo esas novelas que devoras cada día; esos diarios que repasas con tanta ansia, constituyen tu manera de obrar, son la regla de tu proceder».

«Regunt mundum, ideas», al mundo le gobiernan las ideas, enseñan los latinos; «ex abundantis cordis os loquitur», de la abundancia del corazón, habla la boca, dice el Evangelio; el exterior revela el interior, proclama el adagio popular; las palabras son la expresión, los hechos una copia fiel, un retrato exacto de las ideas, nos demuestra la Psicología. A nuestras lecturas corresponderán nuestras acciones, se atenderá nuestra conducta. Lo que leemos se convierte en nuestra propia vida, se identifica con nuestro ser: es el móvil y término de toda nuestra actividad.

Al celebrarse la fiesta del Estudiante Caído y el VIII Aniversario de la muerte del estudiante de Medicina, Matías Montero, me parece una ocasión muy oportuna el proponer a la consideración de los lectores de ESTILO, en modo particular, del elemento juvenil, como la lectura de la Biblia es una fuente inagotable de heroísmo patriótico y religioso; como repasando sus hermosas páginas, se llega a la conclusión que la grandeza de alma, el temple de héroe, consiste únicamente en ofrendar la vida y derramar la sangre: *Pro aris et focus*, por Dios y por la Patria, como lo hizo por las calles de Madrid, desafiando los odios satánicos de los otros comunistas, nuestro ilustre Caído, Matías Montero.

Después de aceptar el mando de las tropas pontificias, hablaba un día el general Lamoriciere con el Papa Pío IX. En el curso de la conversación, habiéndole citado un texto de la Sagrada Escritura, el general acabó la cita, y lo mismo hizo con otro texto de otro libro divino. Asombrado el Papa, preguntóle: «Pero General, ¿en donde habéis estudiado la Sagrada Escritura?» «En medio de los campos de batalla» respondió Lamoriciere. «No siempre se bate uno, y yo consagraba mis días de descanso a la lectura de esos libros divinos que siempre tuvieron para mí los mayores atractivos» ¡Ahí tenéis como se forjan los héroes al calor y amparo de las divinas letras! ¡Ahí tenéis a la Biblia, fuente inagotable de heroísmo!

En los primeros días de fervor religioso, era tan meditativa y venerada, que los perseguidores tomaban ocasión de ella para librar sus batallas contra los cristianos. El año 303 publicaba el emperador Dioclesiano un edicto ordenando a los fieles de Cristo que entregasen los libros sagrados; y el mismo Eusebio de Cesarea nos refiere que una ingente multitud de mártires sufrió tormentos atroces y aún la muerte, por la Escritura. Santa Irene fué quemada viva por haberse negado a obedecer la orden del tirano; y muchos creyentes llevaban sobre su pecho el Evangelio.

Grandiosa es la escena que leemos en «Las actas de los mártires», a propósito de S. Euplio. Conducido a la presencia del juez Calvisiano por haber sido sorprendido con los Evangelios, contesta a la pregunta del juez: «En efecto, me han sorprendido con ellos». Dícete Calvisiano: «Léelos». Euplio, abriendo el libro lee: «Bienaventurados los que sufren persecución». Tras un largo interrogatorio le colgaron al cuello el Evangelio que tenía en las manos al ser detenido... Y Euplio, después de haber dado gracias al Señor, inclinó la cabeza que fué cortada por el verdugo. ¡Oh fecundidad de las Divinas Escrituras!

Al finalizar la guerra del 1870, un diputado de extrema izquierda, Balissaux, hacía ante el parlamento belga esta humillante observación: «Cuando después de Sedán se abrieron las mochilas alemanas, se encontraron Biblias en ellas;

en las mochilas francesas, por el contrario, se encontraron novelas.»

Magníficas palabras que confirman nuestro aserto. La lectura de las grandes hazañas; la reseña de las grandes gestas históricas, suscitan en nosotros el pensamiento de igualar, de superar a aquellos héroes. En la Biblia nuestra imaginación encuentra esas grandes figuras, esos héroes invencibles. ¿Quién, por cobarde que sea, no se animará, al repasar las sagradas páginas y ver que el esposo de Sefora, el pastor de Jetró, Moisés, sin saber hablar apenas, se presenta ante el arrogante Faraón y le conmina en nombre de Dios que deje salir de Egipto a los Hebreos? ¿A qué Caudillo espantarán las huestes enemigas, por muy agueridas que estén, después de haber leído los prodigios que el Dios de los Ejércitos realizó en el paso del Mar Rojo? ¿Que importancia dará un general a las fortificaciones enemigas, si, recordando la Biblia, contempla como al son de un trompeta, al grito de: «La espada del Señor y Josué» tambalean, caen, se derrumban las orgullosas y soberbias murallas de Jericó? ¿A quién no alentará el ejemplo de una débil mujerzuela, Judit, que ricamente ataviada, penetra en los campamentos enemigos, desenvaina la espada de Holofernes, sirviéndose de su propio alfanje para cortarle la cerviz? En medio del más profundo dolor, de las desgracias más desgarradoras, de las calamidades más sensibles, de las más trágicas catástrofes? ¿Quién no recobrará la serenidad perdida para decir con el paciente Job: «Dios me lo ha dado, Dios me lo ha quitado. Bendito sea su santo nombre»? Pero donde el heroísmo es elevado a su máxima potencia, donde raya en paroxismo, donde alcanza el grado de lo sublime, es en la historia de los hermanos Macabeos. Al ver el joven Eleazar un elefante del ejército de Antio, creyó que sería el que llevaba al Rey y queriendo librar a su nación de ese tirano, corre hacia el animal espada en mano, matando a derecha e izquierda o cuantos se le oponen y una vez debajo de la bestia, le abre el vientre con la espada. Cayó el elefante, aplastándole bajo su ingente peso. Otro Macabeo, Judas, antes de ver profanados sus templos, violadas sus leyes, ultrajados sus derechos, conculcadas sus tradiciones, hecha jirones su bandera, decide a la cabeza de 800 hombres, enfrentarse con el innumerable ejército del Rey de Siria, Demetrio, cayendo gloriosamente en medio del combate y fragor de la batalla, mientras Israel entero repetía: «Como ha caído el valiente que era la salvación de Israel».

Con mucha razón se ha dicho que «la Escritura es la Patria de lo sublime». Estaba plenamente convencido José Antonio del influjo benéfico, de los efectos saludables, de las buenas lecturas, de la Biblia, en la formación de la juventud española, cuando dejó escrito en su testamento: «Revisen mis papeles y destruyan cualesquiera libros prohibidos por la Iglesia o de pernicioso lectura que pudieran hallarse entre los míos».

El alférez Montañá no habría sucumbido entre las ruinas de Belchite; los estudiantes Piqué y Solanich no habrían sido víctimas de la alevosía marxista, de la perfidia roja; Matías Montero no habría levantado su grito de protesta contra las doctrinas materialistas de los centros docentes, ni habría regado con su sangre juvenil la esquina de la calle Mendizabal, si no hubieran aprendido en las Sagradas páginas que los únicos valores de la vida, el mayor timbre de honor, es arrostrar la muerte por la Patria. Lo sabían y, cual otro Judas Macabeo, repitieron: «Preferimos morir antes de ver nuestra Patria profanada. Si con nuestra sangre se ha de salvar, gustosos la daremos. No rehusamos el sacrificio. Aceptamos la inmóloción».

Náufrago en un mar tempestuoso, el pobre Camoens sacudía las olas con una mano, mientras con la otra sostenía por encima del agua, el manuscrito de «Los Lusíadas», que había de hacerle inmortal. En las olas que nos embisten y se arremolinan sobre nuestra cabeza, está el problema de Dios, la Biblia, que estrecharemos y levantaremos en alto; en ella se halla nuestra guía, nuestra esperanza, nuestra salvación.

P. LORENZO CASTRO. O. M. Conv.

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

El Nacionalismo, ni Monárquico, ni Republicano

¿No es España, tradicionalmente, íntimamente monárquica y religiosa? Luego no puede haber nacionalismo que no sea católico y monárquico. Otra cosa no es nacionalismo español.

Así discurren muchos que no han acertado a concebir el nacionalismo como un ropaje más — no decimos disfraz — de sus ideas viejas y de las premisas ciegas, sin duda nobles, de su parcial criterio político.

Nosotros contestamos: «el nacionalismo no es monárquico ni antimonárquico. Tampoco es confesional, pero de ningún modo antirreligioso».

Vamos a concretarnos, por hoy, a explicar la primera de esas dos características, que a tantos parecerá incongruente.

¿Es posible que haya quien sinceramente no sea ni monárquico ni republicano?

La opinión española, el ambiente todo de duda política que conmueve y perturba el ser nacional, está dominado por convencionalismos vacuos, por problemas de artificio y por palabras que no aprovechan, a no ser a los políticos que precisamente de la confusión viven.

Uno de los convencionalismos o mitos más absurdos y perjudiciales es el de dividir por fuerza a los españoles en republicanos y monárquicos, haciendo irreconciliables a los unos con los otros, sometiendo por necesidad y ante todo al pueblo, a la pugna ruinosa de esas dos tendencias.

Si el nacionalismo, que es un pensamiento esencialmente renovador, revolucionario, quiere limpiar su camino y el camino de la nueva política española, de todo lo que traba en la marcha del resurgimiento nacional, debe prescindir austeramente, brutalmente, de la mitología monárquica y de la mitología republicana.

Para el nacionalismo verdadero, no hay más numen que España, ni más venero de consulta que el hondo latir de los deseos del pueblo verdadero.

Cuando este pueblo, libre y claramente, mediante una voz de pujante sinceridad hispana diga que es monárquico, la monarquía sea la forma del nacionalismo. Y mientras la República sea consentida por el pueblo, lo mismo que si auténticamente es elegida por la voz histórica — que bien puede ser distinta que la voz electoral — de la nación hispana, respétese la República como forma del nacionalismo.

La «consustancialidad» monárquica de ayer, lo mismo que el salvaje fanatismo republicano de hoy, son posturas perturbadoras y antipatrióticas.

Y a los traidores que se han adueñado de los mandos y quieren ocultar su ineptitud famélica, sus ambiciones rapaces y sus planes de barbarización antinacional, bajo la espesa hipocresía de los problemas artificiales, les va muy bien con la lucha loca de los ciudadanos en torno al respectivo mito.

Eso de la defensa de la República y el truco gastado de las «provocaciones monárquicas», es un comodín harto beneficioso para que los maleantes encumbrados esquiven sus responsabilidades y retrasen indefinidamente la solución de los problemas positivos.

Nejto sería el nacionalismo si cándidamente hiciera de comparsa en ese juego de espejuelos, enredándose como casi todos los partidos en la trama incauta de las intransigencias sobre la forma de gobierno.

No: Hay algo que importa más que el nombre del régimen, y es su calidad de nacional o antinacional. El nacionalismo parte — por definición — de un luminoso convencimiento: el de que hay una nacionalidad postergada y una cuestión de independencia que urge solucionar radicalmente porque es de vida o muerte. España está dominada por fuerzas extrañas, por españoles traidores que sirven de ejecutores a los planes concebidos fuera de la nación en contra nuestra, y este problema de restauración patriótica importa más que el de restauración monárquica y que el de consolidación republicana.

Quien prenda la suerte de España a la soberanía de una determinada persona, vuelve las espaldas al problema nacionalista y se empeña en detener al pueblo en preocupaciones insustanciales, lo mismo que esos traidores que han dicho: «Ante todo la República». El grito y el nervio nacionalista no puede ser otro que este sincero, práctico, rabiosamente sentido: **ESPAÑA SOBRE TODO.**

ONÉSIMO REDONDO

22 Febrero 1932

Jalones de un camino triunfal

II. - Doctrina del Movimiento

Por JOSÉ PALOMO

Una de las características primordiales de los regímenes totalitarios que están barriendo de la superficie del globo la democracia liberal y la socialista, estriba en un auténtico realismo y este realismo impulsa la permanente evolución de las formas de vida social.

Sobre una base indestructible que proporcionan cierto número de conceptos históricos, políticos, sociales y económicos que englobados constituyen el norte del Movimiento, este en su marcha se adapta constantemente a la realidad de la vida. Lo permanente no es aquí la forma sino el ideal. Quizás en éste radica la diferencia última y profunda entre las nuevas ideologías y las viejas, y tal es el íntimo sentido de las Revoluciones totalitarias.

Casi todas las ideologías han pasado del revolucionarismo al conservadurismo en el momento preciso del asalto, logrado y feliz, al Poder y este conservadurismo las ha llevado al anquilosamiento de los conceptos y de las formas y con él a la derrota. Estamos asistiendo aún a este fenómeno con respecto al liberalismo para desconocer su realidad y sería curioso observar y estudiar la política y la literatura liberales de estos últimos

tiempos para percatarse de como el liberalismo llegaba a engañarse pretendiendo salvar los principios cuando lo único que salvaba en realidad — y con ello quedaba satisfecho — eran las formas y aún estas dislocadas por las exigencias de las nuevas concepciones.

Desde este punto de vista son de trascendental importancia los discursos de Franco en su visita a Barcelona y su provincia, porque sin dejar de insistir en los más capitales conceptos ortodoxos del Movimiento, nos ha aclarado con su definitiva autoridad, las etapas de una, por difícil, gloriosa marcha.

Dejando aparte, no por menos importante, sino por ser ya conocido el concepto de la unidad del pueblo y de la necesidad de asentar sobre ello la vida toda de la sociedad y el Estado y la Nación española, dejando aparte sin desdeñarla, la invitación repetida tantas veces a todos los españoles, sin distinción de orígenes, para colaborar en la vida social del Nuevo régimen, limitémonos por su novedad y por su futura trascendencia a recoger aquellas palabras en que Franco sale al paso decididamente a quienes lanzan contra el Nuevo Estado la acusa-

(continúa en la página 3)